



Nosotros rogamos por los difuntos para que Dios los tenga a su lado para siempre. Quienes ya están en el cielo oran por nosotros y por los que se están purificando para que todos lleguemos a compartir su felicidad de estar juntos con Dios. Y así se genera una corriente de vida, de oración, de amor que llamamos "la comunión de los Santos". Es decir: todos los méritos, todo el bien, toda la bondad de un miembro de la iglesia, repercute en bien de todos los demás.

Entre todos los bautizados hay una comunión ("común unión") de vida con Jesucristo que nos hace participantes de un río de gracia que nace de nuestra unión con el Señor y que se extiende por todos los miembros del cuerpo místico que es la Iglesia. Hay un vínculo muy fuerte entre los que estamos aquí en la tierra y los que se están purificando y los que ya están en el cielo: somos miembros de Cristo y somos Iglesia. Somos de la misma "familia". Por eso tenemos que ayudarnos.

La oración por nuestros difuntos, al ofrecer misas por ellos es, quizás, la forma más grande de amarlos. Porque la Misa es la oración más perfecta porque es la actualización del sacrificio de la cruz donde Jesús se ofreció al Padre por nuestra salvación. Los santos ruegan a Dios por los que aún hacen camino hacia el cielo. Nosotros rogamos por nuestros difuntos para que sean Santos, es decir, que estén con Dios eternamente.